



El cuerpo y la corporeidad simbólica como forma de mediación

The body and symbolic embodiment as a form of mediation

Sola Morales, Salomé^(*)

Universidad de Santiago de Chile - Chile

salome.sola@usach.cl

Resumen

Tradicionalmente el pensamiento occidental, muy marcado por las premisas platónicas y cartesianas, ha otorgado un lugar privilegiado a la mente y ha relegado al cuerpo a una posición inferior o subsidiaria. Sin embargo, en este trabajo vamos a argumentar, primero, que toda experiencia es mediada por el cuerpo físico y la corporeidad simbólica. Y segundo, que dicha corporeidad es una forma de mediación clave en la interacción social, ya que permite la expresión, transmisión y comunicación entre los sujetos y los grupos. Pero además, el cuerpo es también mediado por las instituciones socializadoras y los marcos

Abstract

Traditionally Western thought, heavily influenced by Platonic and Cartesian assumptions, has given pride of place to the mind and body has been relegated to a lower position or subsidiary. However, in this paper we argue, first, that all experience is mediated by the physical and symbolic physicality. And second, that the corporeality (social body) is a form of mediation, key in social interaction, allowing the expression, transmission and communication between individuals and groups. In addition, the body is also mediated by socializing institutions and socio-cultural frames, communication and media frameworks in which

socio-culturales, comunicativos y mediáticos en los que se encuentra inserto. A este respecto y a modo de ilustración nos referiremos al poderoso papel que los medios y las tecnologías de la información tienen sobre el cuerpo físico y simbólico.

Palabras clave: *cuerpo, corporeidad, mediaciones sociales, comunicación, medios de comunicación.*

it is inserted. In this regard and as an illustration we will refer to the powerful role that media and information technologies have on the physical and symbolic body.

Keywords: *body, corporeality, social mediation, communication, media.*

1. INTRODUCCIÓN

Ser un *yo*, además de ser un ente con una conciencia pensante y una conducta, es decir, una manera de comportarse y representarse para sí y para los demás, es también ser un cuerpo. Ahora bien, éste además de ser un organismo viviente, es principalmente una herramienta de significación y simbolización clave —una corporalidad— que se expresa y comunica en sociedad en forma de corporeidad (Cencillo y García, 1973; Pedraza, 1999).

Como veremos en lo sucesivo, para bien y para mal toda experiencia vital se halla mediada por el carácter previo o la imposición corporal. De hecho, no existe experiencia vital o acceso al conocimiento del *yo* o de los *otros*, que sea extra-corporal. Valga anunciar que situamos el cuerpo en el ámbito de las mediaciones sociales (Martín Serrano, 1977), es decir, lo comprendemos como un artefacto capaz de articular las prácticas comunicativas, los movimientos sociales, las diferentes temporalidades y la pluralidad de matrices culturales (Martín Barbero, 1987).

En este sentido, el estudio del cuerpo es, por tanto, imprescindible en cualquier acercamiento a la noción de sujeto ya que éste es la condición esencial y primigenia de todas las experiencias vitales y, en gran medida, de toda mediación social y comunicativa. A través de un análisis de las nociones de cuerpo y corporeidad, unidades antropológicas por excelencia, en este artículo expresaremos las limitaciones del esencialismo ontológico y del existencialismo dogmático. Primero, plantearemos la necesidad de superar el dualismo mente-cuerpo planteando, en su lugar, una co-implicación entre ambas nociones. Segundo, trataremos de revalorizar el estudio del cuerpo como forma de mediación. Tercero, expondremos la necesidad de explorar la condición expresiva y comunicativa del cuerpo, en tanto corporeidad simbólica y destacaremos su papel en la construcción de la identidad.

Cuarto, para ejemplificar el poderoso papel del cuerpo como mediación y la forma en que es, a un tiempo, mediado por la sociedad, nos referiremos, al importante rol de los medios de comunicación y las tecnologías de la información en la creación, expresión y mantenimiento del cuerpo físico y simbólico.

Es preciso subrayar que partiremos de una concepción polisémica del cuerpo (Le Breton, 1998), que nos lleva necesariamente a explorarlo desde

una perspectiva transdisciplinar. Especialmente nos centraremos en las aportaciones de cariz antropológico, filosófico, psicosocial y comunicativo.

2. LA SUPERACIÓN DE LA DICOTOMÍA MENTE/CUERPO

La noción de cuerpo ha tenido casi siempre un papel secundario en los estudios de ontología y esto es debido, en cierta medida, al valor primigenio otorgado a la mente desde la filosofía occidental y la religión judeocristiana, tradiciones muy ancladas en nuestra herencia cultural. La ciencia cognitiva y la racionalidad europeas han sido las tendencias imperantes que han suscitado la idea comúnmente aceptada de que *el mundo es como es*. En este contexto, la infravaloración del cuerpo humano y de las estructuras de comprensión que surgen de nuestra experiencia corpórea han sido ignoradas y convertidas en el elemento accidental del ser. El objetivismo y el esencialismo ignoraban al cuerpo ya que éste introducía demasiados interrogantes y suspicacias, además de abrir una brecha de subjetividad insondable. El acceso al conocimiento y la naturaleza objetiva de las cosas mediante los sentidos parecía obnubilar las verdades absolutas y los significados convencionales fácilmente alcanzables por la mente o la conciencia.

La razón, entendida de manera objetivista tal y como había sido concebida por la herencia de la Ilustración, no necesitaba ligarse al cuerpo porque “no estaba vinculada a ninguno de los aspectos corporales de la comprensión, como los esquemas de las imágenes y sus elaboraciones metafóricas” (Johnson, 1991: 18). Además, las clásicas dicotomías mente-cuerpo, interior-exterior, esencia-existencia fueron firmemente reforzadas por la filosofía idealista. Como señala Antonio Blanch (1995), los autores clásicos antiguos, entre los que podríamos destacar a Sófocles o Eurípides, así como Sócrates, describieron la identidad humana (*andreia*) como resultado del ejercicio de las virtudes que surgen directamente del centro del espíritu o esa parte esencialmente constitutiva que llamaban *psyché* (alma). Es decir, consideraban que el alma era la parte central o esencial de la yoidad, olvidando la importancia del cuerpo.

Asimismo, el cartesianismo estimuló la creencia de una disociación inalterable entre nuestro lado cognitivo, aquél formal y racional, que para Descartes, era la *res cogitans*; y nuestro lado corporal, aquél material y emocional, llamado por el autor *res extensa*. Descartes consideró el cuerpo propio como una cosa inferida desde el *yo* pensante y consciente, el *cogito*,

que en principio es ajeno a la actividad propia de ese *yo*. Esta cosificación del cuerpo lo reduce metódicamente y lo termina desnaturalizando frente al valor otorgado a la *res cogitans* de naturaleza supraorgánica y espiritual. La derivación más significativa de esta separación entre mente y cuerpo es el destierro de lo perceptivo, lo imaginativo y lo emotivo a un lugar accesorio y de menor trascendencia. No obstante, todos estos elementos son fundamentales para comprender las mediaciones sociales.

Para François Chirpaz (1963), el problema de la tradición dualista, heredada en Occidente, no es ya la distinción entre fenómenos de dos órdenes (cuerpo-alma o cuerpo-mente), sino la creencia en sustancias estancas y herméticas que pertenecen a realidades totalmente diferentes. Según la clásica dicotomía, el cuerpo no era más que el envase de la esencia imperturbable del sujeto y desligaba totalmente la mente de la experiencia, ya que ésta no podía afectarse por ninguno de los avatares cotidianos –vivenciados a través del cuerpo– y permanecía intacta pese a los cambios del exterior.

Desde nuestra perspectiva, por el contrario, las transformaciones que cualquier sujeto experimenta en su corporalidad afectan de manera determinante en su auto-conciencia y en su manera de manifestarse y hacerse presente en un espacio y un tiempo determinados (Jiménez, 1993). Por eso, es importante reflexionar sobre el estatuto de la corporalidad en la formación del sujeto, ya que ésta nos permite tomar conciencia de nuestra propia yoidad y del cuerpo como forma de mediación que, a su vez, es mediado por la sociedad, como veremos.

2.1. Hacia una necesaria co-implicación

Podríamos considerar a Maine de Biran (1966) como uno de los revalorizadores del estudio del cuerpo propio desde una perspectiva filosófica (Romeyer-Dherbey, 1974). El punto crucial de la aportación del estudioso es el desarrollo de un *yo* conformador de la totalidad humana como “un cuerpo subjetivo” (Henry, 1987: 15). Otorgar al cuerpo un valor de subjetividad –terreno predilecto y exclusivo de la mente o la razón– fue una novedad en aquella época (s. XVIII). De hecho, el cuerpo en el racionalismo u objetivismo aparecía como un hecho secundario y accidental dominado por la mente y la conciencia del individuo. Para Maine de Biran, decir “soy” es como expresar “quiero, muevo, hago”. En este sentido, el papel de la acción –y por tanto el del cuerpo– tienen un rol propio para el desarro-

llo del individuo y su subjetividad, en tanto entes mediados en y por el cuerpo.

Esto nos lleva a considerar que entre el *yo* y el cuerpo no hay prioridades substanciales porque ambos forman parte de una relación de coexistencia. Aunque es cierto que existen evidentes características que los diferencian: mientras el cuerpo pertenece al campo de la contingencia, sin la cual el *yo* no tomaría presencia; éste último, por su parte, pertenece al campo de la acción, ya que se manifiesta en su intencionalidad, en su referencia a un cuerpo, que media y es mediado.

Desde la antropología filosófica el cuerpo no debe ser entendido como un elemento accidental del ente, tal y como propugnaba el platonismo y el racionalismo occidental, sino como una parte fundamental del mismo. Dicho de otro modo, la corporalidad no es sólo el lugar donde habita el *yo*, sino también el *yo* propiamente. Esta visión unitaria del ente (Plessner, 1978a; 1978b) implicaría que la corporalidad tiene un carácter ontológico, pero al mismo tiempo es existencial y deviene cognoscible en la praxis (Scheler, 1982). Precisamente, la puesta en acción mediante el cuerpo y desde el mismo es uno de los elementos más relevantes para el estudio de la yoidad y del cuerpo como mediación, como veremos en el siguiente epígrafe. Ahora bien, el hecho de que el cuerpo ocupe una posición central no implica ninguna clase de inmanentismo. Es más, no podemos perder de vista la capacidad 'excéntrica' del ser humano (Plessner, 1978a; 1991), gracias a la cual los sujetos pueden tomar distancia, descentrarse o separarse subjetivamente del cuerpo.

Peter Strawson (1989) también ha superado el clásico dualismo al referirse a la cuestión de la individuación desde una perspectiva metafísica, con su teoría de los 'particulares de base', término que describe aquellos cuerpos materiales o unidades mínimas de significación esenciales. Strawson llama principios de base a aquellos entes que precisan de una identificación y distingue entre dos tipos: los cuerpos, predicados principalmente físicos; y las personas, predicados psicológicos. A la luz de esta perspectiva la corporeidad estaría muy relacionada con la construcción de la personalidad y de la propia identidad. Esta caracterización de las personas como particulares de base dotados de dos series de predicados excluye la comprensión de la persona como conciencia pura y, sobre todo, impide cualquier tipo de pensamiento dualista al respecto. La persona no es psicológica por encima de física, por el contrario es ambas cosas a la vez. El hallazgo de

Strawson radica en que si el centro ya no es la unidad de la conciencia, sino las entidades básicas —principios de base— lo que importa es la experiencia de los sujetos o lo que es lo mismo, los cuerpos mediados por el contexto social. Sin los cuerpos materiales y sin las personas, según el investigador, cualquier argumentación sobre los sujetos se torna imposible.

Así planteado, el hombre posee una estructura ontológica *única e indivisible* donde la mente y el cuerpo son particularidades o categorías sustanciales que pertenecen en igual medida al sujeto. Pero además, el cuerpo debe entenderse como un ente completo en sí mismo. Como ha sugerido Scheler (1982: 106): “Hoy vuelve a considerarse al cuerpo entero, y no únicamente al cerebro, como el campo de procesos fisiológicos paralelos a los procesos psíquicos. Ya no puede hablarse con seriedad de una conexión tan superficial entre la sustancia anímica y la sustancia corporal como la supuesta por Descartes”. Es más, desde un punto de vista ontológico, los procesos vitales fisiológicos y psíquicos son rigurosamente idénticos y pertenecen a una misma *unidad de vida* (Scheler, 1982: 109) o proceso vital unitario. Gracias a este enfoque, el problema de la relación de cuerpo y alma, que viene arrastrándose durante siglos perdería su rango metafísico.

En definitiva, el hecho de que los seres humanos vivan *en* un cuerpo y *sean* un cuerpo nos permite superar la clásica dicotomía y nos traslada necesariamente al terreno de las mediaciones, foco central de nuestro artículo.

3. EL CUERPO COMO MEDIACIÓN

Una de las cuestiones clave a la hora de manifestar la importancia del cuerpo a nivel teórico y empírico es su condición mediadora, tal y como hemos ido anunciando. A la luz de esta premisa el cuerpo es propuesto como un artefacto simbólico que se sitúa en un terreno intermedio y es capaz de articular, por tanto, diferentes estratos o niveles de sentido. A este respecto y, como describiremos a continuación, el cuerpo es una mediación ya que tiene una capacidad relacional fundamental. Ésta, por cierto, es la que le permite “dialogar” o favorecer el encuentro entre: A) los sujetos y el mundo; B) el interior y el exterior; C) lo individual y lo colectivo; D) el *yo* y el *otro*; y, por su puesto, entre E) las diferentes temporalidades (lo presente y lo ausente).

A) Mediación entre los sujetos y el mundo. A través del cuerpo como artefacto simbólico es posible acceder al conocimiento del mundo y de la realidad cotidiana. Entendemos la realidad cotidiana como aquella realidad que no pertenece al orbe físico propiamente sino al simbólico y que es compartida por los individuos y los grupos. Esta característica del cuerpo como mediación entre los sujetos y el mundo es la que ha llevado a algunos autores a considerar que éste es “el ámbito más próximo y más importante de la relacionalidad propia del ser humano” (Duch, 2003: 14). De hecho, es a través del cuerpo que los sujetos vivencian la realidad y la experimentan. Además, sólo mediante el cuerpo y a través de él podemos acceder –de manera siempre parcial y limitada– al conocimiento del mundo y de la realidad cotidiana. Por tanto, gracias al cuerpo aprehendemos el entorno circundante, pero –en parte, a causa de sus limitaciones– este conocimiento no puede ser nunca literal o absoluto.

B) Mediación entre el interior y el exterior. El cuerpo es un intermediario capaz de dialogar entre la interioridad y la exterioridad, entre el pensamiento, los sentimientos, la emoción y la acción. Esta perspectiva es la que hace que el cuerpo pueda ser entendido –para autores como Maine de Biran– como el “auténtico orientador de la vida humana en tanto se manifiestan en él inclinaciones afectivas e instintivas con las que el yo impregna, sin saberlo siquiera, el mundo circundante, e incluso, nos hace sentirnos, sin motivo alguno, alegres, tristes o irritados” (Morera de Guijarro, 1987: 188).

Desde esta perspectiva, la corporalidad permitiría articular la vivencia interior –como forma primaria de darse la realidad– y la exterioridad como forma de expresión o experiencia. Un autor que ha sabido remarcar esta relacionalidad propia del ser humano es Wilhelm Dilthey (2000: 246-247) quien propone que el ser debe entenderse en su triple dimensión: cognitiva, volitiva y afectiva. Este enfoque unitario tampoco debe perderse de vista al aproximarnos a la comprensión del cuerpo como mediación. Ya que ésta no sólo se produce de cara al exterior o las cosas ajenas, sino también hacia el interior o las profundidades de la conciencia. En este sentido, el cuerpo también media entre la intimidad y la exterioridad del yo. De hecho, mediante la constante puesta en escena del cuerpo es posible comunicar, de manera incesante, múltiples sentidos.

C) Mediación entre lo individual y lo colectivo. A nuestro juicio el cuerpo es una parte esencial, una herramienta crucial en los procesos de construcción de identidades, clave en la interacción entre los sujetos y los colecti-

vos. Por este motivo, hemos de reconocer el rol conformador de la subjetividad de las personas como seres individuales y sociales. En este sentido, la imagen corporal –representación simbólica– y el cuerpo individual y social son imprescindibles en la construcción de la propia subjetividad y de la pertenencia a los diferentes grupos. Y es que en todas las culturas el cuerpo está íntimamente ligado al espacio público, ya que toda práctica social es, de una forma o de otra, una experiencia corporal. En palabras de Esteban (2004: 67):

“En la sociedad occidental las actividades corporales de todo tipo han proliferado y se han convertido en objetivos fundamentales en la vida de muchas personas, y nuestra educación tiende a modelar nuestro cuerpo y a adecuarlo a las exigencias y normativas de la sociedad en que vivimos, teniendo el cuerpo una función muy relevante como mediador cultural”, Esteban (2004: 67).

D) *Mediación entre el yo y el otro*. El cuerpo también articula las relaciones entre la propia subjetividad y la de los *otros*. De hecho, a juicio de Alfred Schütz, en la relación cara a cara –cuerpo a cuerpo– es posible interpretar las vivencias del *otro* (Schütz, 1972: 161). Puesto que el *yo* corporal y sus diversas representaciones se desarrollan en innumerables actos de reflexividad, la presencia del *otro* es necesaria. En palabras de Duch (2003: 23): “Inexcusablemente, pues, la corporeidad humana necesita de la corporeidad de los otros y, porque es eminentemente dialogal, nunca puede representarse ni desplegarse en la soledad y el mutismo”.

Es preciso considerar, sin embargo, que el acceso al *yo* corporal presenta enigmas e interrogantes sin resolver. En muchas ocasiones, por ejemplo, el acceso a la comprensión del cuerpo termina siendo imaginario, ya que la distancia entre el observador y el objeto observado se funden en una misma cosa. De hecho, aunque podamos atisbar algunas partes del exterior de nuestro cuerpo, por ejemplo, no podemos acceder a nuestro propio rostro (si no es a través de un espejo o de la mirada ajena) ni a nuestros órganos vitales (si no es a través o mediante una representación: una imagen o un soporte técnico). El semblante o aspecto exterior, junto con todos los momentos expresivos del cuerpo, es decir, los gestos o movimientos faciales por ejemplo, son vividos por el sujeto de manera interna –o invisible– puesto que no puede vislumbrarlos al tiempo que los profiere. Además, la apariencia física del propio cuerpo general siempre llega a través de los sentidos de manera dispersa, ya que la vista tan sólo proporcio-

na el acceso a fragmentos desiguales, inconexos que sólo son apreciables desde la sensación. En definitiva, no podemos percibir nuestro cuerpo de manera completa sino es *mediante* algo. Pero al mismo tiempo toda experiencia está, a la vez, mediada por este cuerpo imposible de abarcar.

F) Mediación entre las diferentes temporalidades. Finalmente, otra de las características del cuerpo como mediación social es su capacidad de articular lo presente y lo ausente. Como es bien sabido, la corporalidad es la parte más evidente de la fragilidad del ser, de hecho, la contingencia es, en cierta medida, provocada por nuestra condición corporal, que es también la parte más débil y más susceptible para enfermar (Duch, 2002) y fenecer. Pero también el cuerpo es la parte más delimitada del *yo*. De hecho es, en gran parte, una imposición atribuida desde el nacimiento que difícilmente podemos construir o deconstruir y que, como mucho, podremos camuflar o transformar de manera artificial (mediante maquillajes, máscaras, cirugías variadas...) o imaginaria (mediante el uso de avatares, por ejemplo).

4. LA DIMENSIÓN SEMIÓTICO-COMUNICATIVA DE LA CORPOREIDAD

Además de ser un mediador entre los ejes propuestos anteriormente, el cuerpo tiene una dimensión semiótica fundamental, que le permite articular también las prácticas y matrices comunicativas que se dan en el seno de una sociedad o cultura. De hecho, si pensamos en la tradición teórica que entiende la yoidad y la actividad humana como una representación, bien sea ésta para sí o para los *otros*, sería crucial plantear el papel del cuerpo en la cultura y en las mediaciones sociales.

Es más, el cuerpo se hace presente de manera simbólica y adquiere significados en función de los diferentes contextos sociales o *frames* (Goffman, 1959; 2006) en los cuales se inserta. Pero, sobre todo, se convierte en un “emisor” (Paredes Ortiz, 2003) y en un receptor que interactúa con el mundo que le rodea en forma de corporeidad. Este cuerpo simbólico – auto-consciente– se adapta a los diferentes significados asignados/ofrecidos por una cultura concreta y se nutre a través del trayecto biográfico del individuo. Precisamente, es este carácter simbólico y situacional del cuerpo (Le Breton, 1998; Turner, 1984; Schelling, 1994) el que nos interesa más, ya que es el que interviene crucialmente entre el propio cuerpo y el conjunto social. Esto se hace particularmente evidente si pensamos que el cuerpo se encuentra siempre en un contexto determinado y,

por tanto, nunca es observable en el vacío ni al margen del entorno que le rodea. Aquí es donde estriba otra de las claves de nuestra propuesta: la corporeidad es una construcción simbólica y una mediación social, que nos permite comprender y relacionarnos con el mundo y con las personas, tal y como ya hemos apuntado. Y este artefacto semiótico y simbolizante que es la corporeidad nunca puede ser extra-cultural o encontrarse al margen de las matrices espacio-temporales o del propio “periplo existencial” (Duch, 2003: 244).

Investigar sobre la corporeidad es central en cualquier estudio sobre las mediaciones sociales, puesto que el valor simbólico del cuerpo influye directamente en el significado y el desarrollo de nuestra realidad cotidiana y de los intercambios comunicativos. Nuestra experiencia sensorial y emocional que vivimos *desde y en* el cuerpo influye necesariamente en nuestro estado mental y, por lo tanto, en nuestra comprensión y construcción de la propia identidad.

El cuerpo humano participa de manera activa en todos los avatares biográficos del individuo y, sobre todo, cobra especial relevancia en sus acaecimientos diarios haciéndose presente mediante su capacidad escénica, dialógica o adverbial. De hecho, podríamos decir que el cuerpo humano se comporta como un objeto semiótico –dotado de semiosis ilimitada, como diría Umberto Eco– en tanto que representa y es representado mediante diversos lenguajes como son los movimientos, los gestos, las palabras, las posturas, los silencios o los vestidos o adornos que lo cubren... Dicho de otro modo, el cuerpo no es una realidad inmutable, sino una corriente incesante de expresiones diversas que necesitan ser interpretadas porque de una manera radical nunca puede dejar de ser “*capax symbolorum*” (Duch, 2003: 291). Al mismo tiempo, éste tiene una capacidad teatral y performativa, como diría Judith Butler (2002; 2004) clave para la comprensión de la experiencia y la comunicación diaria.

Toda interpretación de la realidad e intercambio simbólico se encuentra moldeado por los patrones que rigen nuestro movimiento corporal, por la orientación espacial y temporal y por nuestra interacción con los objetos (Johnson, 1991: 23). Ahora bien, desde nuestro punto de vista sería importante añadir que esta exégesis también se halla muy influida por la sociedad misma, que también media, a su vez, el cuerpo propio.

5. LA CORPOREIDAD MEDIADA

Además de ser una mediación que articula diferentes ejes el cuerpo también es necesariamente mediado, representado y configurado por la cultura y por las diversas instituciones sociales, culturales y comunicativas. Bien sea consciente o inconsciente, bien sea continente o contenido, el cuerpo aparece como un elemento clave en la experiencia vital y en toda interacción social o intercambio comunicativo. Así, no podemos perder de vista el vínculo entre los aspectos físicos y psíquicos del cuerpo y su articulación con el medio social.

De hecho, en la vida práctica, como ha explicado Ernst Cassirer (1963: 48), los sujetos, más que vivir en relación a hechos concretos y a necesidades y deseos inmediatos, viven, más bien, “en medio de emociones, esperanzas y temores, ilusiones y desilusiones imaginarias, en medio de sus fantasías y de sus sueños”. Y, como es evidente, todas estas emociones y sensaciones individualizadas y únicas son experimentadas y mediadas *en* y *por* el cuerpo y expresadas y comunicadas simbólicamente mediante actitudes, gestos, formas de vestir. En este sentido, las emociones tienen un papel importantísimo en el cuerpo (Gurméndez, 1981) y en las mediaciones sociales ya que todo cuerpo expresivo y receptivo —como diría Martín Serrano (2007)— además de participar en los procesos cognitivos tiene un anclaje en lo emotivo y lo afectivo. Si bien es cierto que la vivencia corporal de los sentimientos o emociones es una cuestión muy subjetiva, no podemos obviar que estos se encuentran también mediados social y culturalmente. Esto se debe a que, en cierta medida, las instituciones socializadoras inscriben pautas de emocionalidad y proponen modelos acerca de lo que nos debe hacer felices o lo que debe angustiarnos, por ejemplo.

A este respecto, no podemos olvidar, por tanto, que el cuerpo, además de mediar entre la realidad y el mundo y entre unos sujetos y otros, es mediado —física y psicológicamente— por las diferentes instituciones socializadoras o “estructuras de acogida” (Duch: 2010). Nos estamos refiriendo no sólo a la sociedad o la cultura como marcos de referencia general, sino al influjo que ejercen sobre el cuerpo la ciudad o el lugar de residencia; la familia y amistades; la escuela o centro educativo; la religión y las diferentes formas de culto; el club deportivo o las tribus urbanas a las que los sujetos se adscriben de manera temporal en diferentes épocas o momentos vitales, por ejemplo. Pero, además, cada día con más intensidad

el cuerpo es mediado por el consumo y el mercado que le imponen conductas o pautas de comportamiento.

Precisamente, una de las instituciones más poderosas en nuestros días —y que vehicula valores hegemónicos acerca del cuerpo— es la comunicación mediática, que representa y proyecta formas de actuar y modelos acerca de cómo debe ser el cuerpo, cómo debemos tratarlo y cuidarlo o embellecerlo. A esto responde que la televisión, por ejemplo, y la publicidad tengan una importancia crucial en la construcción de los cuerpos físicos y simbólicos. De hecho incluso se podría afirmar que los medios “se han convertido en las entidades transmisoras más importantes de nuestra sociedad, a menudo con un carácter incluso monopolista” (Duch, 2010: 160). Es más, la hegemonía de los medios como ‘agentes socializadores’ ya fue puesta de manifiesto por la Escuela de Annenberg hace décadas, a partir del pensamiento de George Gerbner (1980), quien considera que los medios están desplazando a las tradicionales instancias socializadoras como la familia, la Iglesia o la escuela.

Dado que los medios de comunicación y las tecnologías de la información ejercen sobre los cuerpos físicos y simbólicos una mediación muy poderosa, a continuación, nos detendremos en esta relación y exploraremos de manera sucinta algunas de sus principales características.

5.1 Cuerpo y medios de comunicación

Como es bien sabido, las narrativas mediáticas, imágenes o discursos que circulan en los medios de comunicación a través de diferentes formatos como los noticiarios, el cine o la publicidad, principalmente, proponen modelos o ideales de lo socialmente aceptable, lo bello o lo atractivo, lo saludable o lo exitoso. En este sentido, los sujetos y los grupos adquieren creencias, comportamientos y actitudes, mediante formas de aprendizaje observacional (Bandura: 2009), acerca de las pautas de cuidado, alimentación o del peso ideal, por ejemplo.

Hoy en día la mayoría de los discursos mediáticos acerca del cuerpo construyen al individuo como el responsable único de regularlo, alimentarlo, cuidarlo y embellecerlo de una manera “apropiada”. El control del cuerpo mediante normativas termina convirtiéndose en una “disciplina” social (Foucault, 1976) que, generalmente, se basa en el auto-cuidado constante (Bordo, 2003; Mennell, 1991). Es, precisamente, aquí donde los discursos

mediáticos acerca del cuerpo juegan un rol determinante, ya que influyen en los modos en que los sujetos se imaginan o desean ser. Y esto puede causarles, en ocasiones, insatisfacción o, incluso, desórdenes psicológicos y físicos muy graves.

No es de extrañar, por tanto, que se haya encontrado un vínculo significativo entre la recepción mediática de determinados programas o la participación en determinados foros de Internet y enfermedades como la bulimia o la anorexia (Botta, 1999; Harrison y Cantor, 1997; Harrison, 2000; Harper y Tiggemann, 2008; Park, 2005; Tiggemann, 2006). Al mismo tiempo, muchas prácticas que comienzan a ser habituales —como la liposucción, la cirugía estética y otras operaciones quirúrgicas— son fruto de las imposiciones sociales vehiculadas por la publicidad y por los medios de comunicación masiva. Aquí el cuerpo se convierte en un objeto pasivo incapaz de comunicar por sí mismo, al servicio del mercado y de las pautas marcadas por los medios acerca de la moda, la belleza, el éxito o la aceptación social.

Pero, además, el cuerpo también ocupa un lugar central en las experiencias virtuales donde la tecnología ha creado importantes alteraciones y transformaciones de los estados corporales y emocionales. Justamente, muchas comunidades virtuales se han convertido en formaciones sociales que tienen como punto de encuentro el hecho de compartir experiencias de realización corporal como podrían ser la sexualidad, el embarazo, las enfermedades, la dieta o el deporte (Gies, 2009: 320-321).

Uno de los elementos más interesantes de los entornos virtuales es la gran cantidad de posibilidades corporales que los sujetos tienen a su alcance. Aquí, más allá de modificar o moldear el cuerpo físico, es posible jugar, re-crear e, incluso, inventar el cuerpo simbólico, parte esencial de la identidad personal. Y, como es evidente, las fronteras entre el cuerpo real y el deseado o el representado son difíciles de encontrar en el espacio virtual. Como Sherry Turkle (1997) ha sugerido, la adopción y creación de personajes electrónicos está contribuyendo a una reconsideración general de las nociones tradicionales de identidad, pero también, sin duda, de la corporeidad misma. Aquí, la expresión simbólica, real o imaginaria del cuerpo, se hace presente gracias a la auto-presentación mediante un avatar, que hace a los sujetos y los cuerpos situarse en un terreno fronterizo entre lo natural y lo artificial (Balsamo, 1995).

La opción de configurar avatares imaginarios, con un aspecto corporal y social diferente, género neutro o, incluso, sexo contrario (Bruckman, 1996; Turkle, 1997; 2011) no es más que una evidencia de la necesidad antropológica estructural de los seres humanos de trascender sus propios límites, sean físicos o mentales. Precisamente esta libertad para poder construir cuerpos ficticios es la que permite a los sujetos separarse de sus categorías sociales habituales tales como son el género, la etnia, la edad o la clase social (Boler, 2007), que generalmente se encuentran ancladas en el cuerpo físico. No olvidemos que muchas de estas etiquetas dependen del aspecto y la apariencia y, por tanto, mediante un avatar los sujetos pueden reafirmar, neutralizar, transformar o negar cualquiera de estos aspectos sociales impuestos. Al mismo tiempo, las relaciones mediadas por ordenador permiten trascender el cuerpo como esencia y transformarlo en algo incorpóreo. Sin embargo, incluso en estos entornos anónimos que parecen eliminar el cuerpo la comunicación continúa siendo materialmente productiva y la tecnología sigue mediando entre lo físico y lo simbólico (De Lauretis, 1987; Haraway, 1985).

6. CONCLUSIONES

En definitiva, no podemos olvidar que el cuerpo es una forma de mediación y que, a su vez, es mediado por la sociedad gracias a su capacidad comunicativa. Dicho con otras palabras, desde el cuerpo y en su representación —puesta en escena— interactuamos con los otros, nos mostramos u ocultamos frente a ellos y el mundo. Y en esta interacción, las mediaciones sociales ocupan un lugar fundamental. Durante nuestro trayecto vital, nos inventamos diversas narraciones simbólicas autobiográficas que sólo se hacen tangibles en la interacción física y simbólica con los otros. Estas formas de narración y representación se hacen desde y en el cuerpo, y conforman nuestras historias de vida, fragmentos que se van retocando y que son imprescindibles para el desarrollo del ser humano.

A nuestro juicio, la yoidad debe ser entendida no ya como una sustancia apriorística o inmutable sino, por el contrario, como un proceso en constante transformación sujeto al devenir espacio-temporal, que se encuentra muy condicionado por las mediaciones sociales y por el cuerpo mismo como mediación. A pesar de todas las dificultades que intervienen en la comprensión de la corporeidad y su capacidad simbolizante, estamos firmemente convencidos de que la visión simbólico-comunicativa del cuer-

po, en los términos anteriormente propuestos, es la que aporta mayor cantidad de matices y la que se acerca mejor a nuestra propuesta comprensiva del cuerpo como mediación social.

Valga mencionar que al término de este ensayo se nos abren nuevos interrogantes y líneas de investigación muy interesantes y complejas sobre el cuerpo que deben seguir siendo investigadas de manera teórica y empírica. Después de nuestra reflexión podríamos concluir que el cuerpo no es simplemente una entidad separada de la mente o unida a ella, sino que se trataría más bien de una forma de mediación social. Además, podríamos ir más lejos y afirmar que lo corporal es el eje central donde confluyen las matrices analizadas anteriormente: el sujeto y el mundo, lo interior y lo exterior, lo individual y lo colectivo, el *yo* y los *otros* y las diferentes temporalidades (la presencia y la ausencia). Pero, al mismo tiempo, no podemos olvidar que el cuerpo es también mediado por la sociedad y aquí es donde los medios de comunicación juegan un rol fundamental: primero porque las narrativas mediáticas proponen modelos o pautas de cuidado o transformación del cuerpo mediante sus discursos (sean éstos televisivos, publicitarios...); segundo, porque las nuevas tecnologías de la información ofrecen nuevas vías para crear y transformar el cuerpo simbólico.

BIBLIOGRAFÍA

BANDURA, A. (2009): "Social Cognitive Theory of Mass Communication". En Bryant, Jennings y Oliver, Mary B. (eds.) *Media Effects. Advances in Theory and Research*. Nueva York, NY: Routledge, pp. 94-124.

BALSAMO, A. (1995): "Forms of Technological Embodiment: Reading the Body in Contemporary Cultura". *Body and Society*, 1(3-4), noviembre, pp. 215-237.

BLANCH, Antonio (1995): *El hombre imaginario. Una antropología literaria*. Madrid: PPC - Universidad Pontificia de Comillas, Madrid.

BOLER, M. (2007): "Hypes, hopes and actualities: new digital Cartesianism and bodies in cyberspace". *Media & Society*, vol. 9, 1, pp. 139-168.

BORDO, S. (2003): *Unbearable Weight: Feminism, Western Culture and the Body*. California: University of California Press.

- BOTTA, R. A. (1999): "Television Images and Adolescence Girl's Body Image Disturbance". *Journal of Communciation*, 49(2), pp. 22-41.
- BOURDEL, L. (1960): *Groupes sanguines et temperament*. París: Editions Maloine.
- BUTLER, J. (2002): *Cuerpos que importan*. Barcelona: Paidós.
- BUTLER, J. (2004): "Performative acts and gender constitution". En BIAL, H. (ed.): *The Performance Studies Reader*. Nueva York: Routledge.
- BRUCKMAN, A. S. (1996): "Gender Swapping on the Internet". En LUDLOW, P. (ed.) *High noon on the Electronic frontier. Conceptual Issues in Cyberspace*, pp. 317-326. Cambridge MA: MIT Press.
- CASSIRER, Ernst (1963): *Antropología filosófica*. México: Ed. FCE.
- CENCILLO, L. y GARCÍA, J. L. (1973): *Antropología cultura*. Madrid: Guadiana.
- CHIRPAZ, F. (1963): *Le corps*. París: Presses Universitaires de France.
- DE LAURETIS, T. (1987): *Technologies of gender*. Bloomington. IN: Indiana University.
- DILTHEY, W. (2000): *Dos escritos sobre hermenéutica*. Madrid: Editorial Istmo.
- DUCH, Ll. (2010): *Religió i comunicació*. Barcelona: Fragmenta Editorial.
- DUCH, Ll. (2002): *Antropología de la vida cotidiana. Simbolismo y salud*. Madrid: Trotta.
- DUCH, Ll. (2003): *Escenaris de la corporeïtat. Antropología de la vida cotidiana*. Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat.
- ESTEBAN, M. L. (2004): *Antropología del cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio*. Bellaterra: Ediciones Bellaterra.
- ESTEVA FABREGAT, C. (1993): *Cultura, sociedad y personalidad*. Barcelona: Anthropos Editorial.
- FOUCAULT, M. (1976): *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI editores.
- GIES, L. (2009): "How Material are Cyberbodies. Broadband Internet and Embodied Subjectivity". *Crime Media Culture*, 4(3), pp. 311-330.

GERBNER, George; GROSS, Larry et al. (1980): "Aging with Television: Images on Television Drama and Conceptions of Social Reality". *Journal of Communication*, 30(1), marzo, pp. 37-47.

GOFFMAN, E. (1959): *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

GOFFMAN, E. (2006): *Frame Analysis. Los marcos de la experiencia*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

GURMÉNDEZ, C. (1981): *Teoría de los sentimientos*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.

HARAWAY, D. J. (1985) "Manifesto for Cyborgs: Science, Technology, and Socialist Feminism in the 1980s". *Socialist Review*, 80, pp. 65-108.

HARPER, B. J. y TIGGEMANN, M. (2008): "The Effect of Thin Ideal Media Images on Women's Self-objectification, Mood, and Body Image". *Sex Roles*, 58(9-10), pp. 649-657.

HARRISON, K. (2000): "The Body Electric: Thin-ideal Media, and Eating Disorders in Adolescents". *Journal of Communication*, 50(3), septiembre, pp. 119-143.

HARRISON, K. y CANTOR, J. (1997): "The Relationship between Media Consumption and Eating Disorders". *Journal of Communication*, 47(1), marzo, pp. 94-104.

HENRY, M. (1987): *Philosophie et phénoménologie du corps*. París: Presses Universitaires de France. Disponible en:
<http://revistas.ucm.es/fsl/15756866/articulos/ASEM8788110185A.PDF>
Consultado el 15 de mayo de 2012.

JIMÉNEZ, J. (1993): *Cuerpo y tiempo. La imagen de la metamorfosis*. Barcelona: Destino.

JOHNSON, M. (1991): *El cuerpo en la mente*. Madrid: Editorial Debate.

LE BRETON, D. (1998): *Anthropologie du corps et modernités*. París: Presses Universitaires de France.

MAINE DE BIRAN, F.-P.-G. (1966): *De la existence: textes inédits*. París: Editions Vrin.

- MARÍAS, J. (1954): *San Anselmo y el insensato y otros estudios de Filosofía*. Madrid: Revista de Occidente.
- MARTÍN BARBERO, J. (1987): *De los medios a las mediaciones*. México: Gustavo Gili.
- MARTÍN SERRANO, M. (1977): *La mediación social*. Madrid: Akal.
- MARTÍN SERRANO, M. (2007): *Teoría de la comunicación: la comunicación, la vida y la sociedad*. Madrid: McGraw-Hill, Interamericana de España.
- MENNEL, S. (1991): "On the Civilizing of Appetite". En FEATHERSTONE, M. HEPWORTH, M. y TURNER, B. (eds). *The Body: Social Process and Cultural Theory*. Londres: Sage, pp. 126-154.
- MORERA DE GUIJARRO, J. I. (1987-1988): "Problemática del Yo en Maine de Biran." *Logos. Anales del Seminario de Metafísica*, 22, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, pp. 185- 198. Disponible en: <http://revistas.ucm.es/fsl/15756866/articulos/ASEM8788110185A.PDF>
Consultado el 18 de mayo de 2011.
- PARDES ORTIZ, J. (2003). "Desde la corporeidad a la cultura". *Efdeportes. Revista Digital*. Buenos Aires. 9 (62), Julio. Disponible en: <http://www.efdeportes.com/efd62/corpo.htm> Consultado el 25 de junio de 2012.
- PADDOCK, J. (1976): "Pueblos antiviolentos. Notas sobre un estado de salud social". En GENOVÉS, S. y PASSY, J. F. (eds.) *Comportamiento y violencia*. México: Editorial Diana, pp. 85-105.
- PARK, S-Y. (2005): "The Influence of Presumed Media Influence on Women's Desire to Be Thin". *Communication Research*, 32(5), octubre, pp. 594-614.
- PEDRAZA, Z. (1999) *El cuerpo y el alma: visiones del progreso y la felicidad*. Bogotá: Departamento de Antropología. Universidad de los Andes.
- PLESSNER, H. (1978a): *La risa y el llanto*. Madrid: Revista de Occidente.
- PLESSNER, H. (1978b): *Más acá de la utopía*. Buenos Aires: Editorial Alfa.
- PLESSNER, H. (1991): "Conditio Humana" en Mann, Golo y Heuss, Alfred (eds.) *Historia Universal. Prehistoria. Las primeras culturas superiores*, vol. 1. Madrid: Editorial Espasa-Calpe, pp. 31-85.
- ROMEYER-DHERBEY, G. (1974): *Maine de Biran ou la pensée de l'immanence radicale*. París: Editions Seghers.

SCHELER, M. (1982): *El puesto del hombre en el cosmos. La idea de paz perpetua y el pacismo*. Barcelona: Alba Editorial.

SHELLING, Ch. (1994): *The body and social theory*. Londres: Sage.

SCHÜTZ, A. (1972): *Fenomenología del mundo social. Psicología social y sociología*. Buenos Aires: Paidós.

SCHÜTZ, A. y LUCKMANN, T. (2001): *Las estructuras del mundo de la vida*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

STRAWSON, P. F. (1989): *Individuos: Ensayo de metafísica descriptiva*. Madrid: Taurus.

TIGGEMANN, M. (2006): "The Role of Media Exposure in Adolescent Girls' Body Dissatisfaction and Drive for Thinness: Prospective Results". *Journal of Social and Clinical Psychology*, 25(5), mayo, pp. 523-541.

TURNER, B. S. (1984): *Body and Society*. Oxford: Basil Blackwell.

TURKLE, S. (1997): *La vida en la pantalla. La construcción de la identidad en la era de Internet*. Barcelona: Paidós.

TURKLE, S. (2011): *Alone Together. Why We Expect More from Technology and Less from Each Other*. Nueva York, NY: Basic Books.

PARA CITAR ESTE TRABAJO EN BIBLIOGRAFÍAS:

SOLA MORALES, Salomé (2013): “El cuerpo y la corporeidad simbólica como forma de mediación”, *Mediaciones Sociales. Revista de Ciencias Sociales y de la Comunicación*, nº 12, pp. 42-62. DOI:
http://dx.doi.org/10.5209/rev_MESO.2013.n12.45262

(*)La autora

Salomé Sola Morales es Doctora en Medios, Comunicación y Cultura por la Universidad Autónoma de Barcelona, Magíster en Ciencias de la Comunicación por la UAB y Licenciada en Comunicación Audiovisual por la Universidad de Sevilla. Ha trabajado como investigadora y docente en la UAB y la Universidad Internacional de Cataluña durante seis años. En la actualidad es Profesora Asociada de la Universidad de Santiago de Chile, donde imparte las cátedras de Teoría de la Comunicación IV y Seminario de Título I y II. Sus áreas de investigación principales son la antropología de la comunicación, las teorías de la comunicación y los estudios sobre recepción e identidad.

RECIBIDO: 23 de mayo de 2013.

ACEPTADO: 03 de diciembre de 2013.